

Anverso y reverso de una hipótesis metafísica

ANA A. GOUTMAN

Le mentalidad científica de Husserl, meticulosa y detenida, le ha movido a una continua elaboración de sus planteos, para lograr una máxima estrictez y exhaustividad. Sumado a ello, la lenta y trabajosa publicación de sus obras —ya en lengua original, ya traducidas— ha dado lugar a un conocimiento muchas veces parcial de su pensamiento.

Por estas razones, los comentarios críticos que abarcan una limitada época incurren en erróneas interpretaciones en el estudio de determinados problemas.

La consideración de la conciencia ajena, y la relación entre las conciencias —estudiado por Husserl— es tratado en dos diferentes enfoques: uno el de Teodoro Celms en *El idealismo fenomenológico de Husserl*, editado en 1931; otro, el de Joaquín Xirau en *La filosofía de Husserl. Una introducción a la fenomenología*, publicado en 1941.

Celms, que se maneja en general con las *Investigaciones Lógicas y las Ideen zu einer reinem Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie* (última obra que conoce, cuya edición alemana data de 1913), hunde a Husserl en una metafísica a la que es totalmente ajeno por método y por decisión.

Xirau, atendiendo a la naturaleza de la obra y del pensamiento último de Husserl (su libro lleva una nota bibliográfica en la que incluye las obras publicadas hasta 1939) plantea objetivamente el problema y lo salva de concluir en una hipótesis metafísica, pues muerde en la estructura misma de la conciencia, ámbito de la investigación fenomenológica.

Husserl aspira a fundar una ciencia sin supuestos, que esté en la base de toda otra investigación, científica o filosófica estrictamente considerada. De ahí su punto de partida radical.

La única realidad que nos es dada con carácter apodíctico es la realidad de la conciencia y de ella depende la realidad del mundo exterior y en ella se funda.

Prevía a la investigación fenomenológica de lo dado en la conciencia, Husserl pone entre paréntesis el mundo, suspende

el juicio de existencia (ἐποχή fenomenológica) y se limita entonces a la investigación de los modos de la conciencia en que se dan las distintas clases de objetos, y a la investigación del ser de la conciencia.

El cógito —la conciencia pura— en cuanto puede dar cuenta de sí mismo por sí mismo, es el centro de la evidencia. A la esfera de la certidumbre absoluta del cógito se remite Husserl, no en un desconocimiento de la realidad, sino por un negarse a interpretarla, y a contradecir el sentido dable en la evidencia intelectual.

El encierro voluntario recuerda al de Berkeley (1685-1753) y a su esse est percipi; también para Husserl el ser es en cuanto es percibido, pero en un sentido radicalmente distinto al de y a su “esse est percipi”; también para Husserl el ser es en cuanto (Ideas, México 1949, pág. 240).

En la epojé fenomenológica se trata de una abstención de carácter ontológico, en cambio Berkeley *niega* la existencia de lo que no ha sido percibido; así reduce su teoría a un solipsismo imposible de sustentar. Se trata de un solipsismo psicológico.

Descartes (1596-1650) reduce también su investigación a la evidencia del cógito, pero no le es fiel. Al proceso metódico de duda frente a todo conocimiento, y a la evidencia del cógito, le añade la existencia de Dios. Estos son los tres elementos fundamentales que constituyen el nudo central del cartesianismo.

Husserl se salva de caer en un solipsismo y renuncia a trascender a Dios (extraño a la inmanencia de la conciencia).

La característica estructural de la conciencia es para Husserl la intencionalidad —toda su investigación está apoyada en esta evidencia— por ella posee la propiedad de ponerse en relación inmediata con su contenido, es decir, todo pensamiento es pensamiento de una cosa pensada, toda percepción lo es de una cosa percibida, todo deseo, es deseo de cosa deseada, toda conciencia es conciencia de algo.

De aquí la conciencia en cuanto tal es conciencia intencional, así la realidad no podría reducirse a un sujeto puro fenomenológico, que es en pleno sentido de la palabra: una mónada.

La realidad del mundo físico se manifiesta en la percepción y la de la psique ajena en el fenómeno de introfección, de endopatía, de “comprensión afectiva”.

Mediante esta experiencia de introfección, el yo puro fenomenológico intenciona otros yos —mónadas— en dos actos intencionales: Al acto fundante de la percepción, en el que el yo apunta a otros yos, como sujetos con un cuerpo, se le añade

una intención de segundo grado, que fundada en la anterior, la trasciende y alude a una realidad implícita.

Ambas convierten al cuerpo en un organismo perteneciente a un yo que es también de naturaleza intencional.

En este fondo de intersubjetividad del solus ipse, los otros yos se dan aislados.

Según Celms, estas mónadas están incomunicadas, cerradas "sin puertas ni ventanas", como verdaderas cámaras neumáticas, más solas que las mónadas de Leibniz.

Para Xirau, estas mónadas están sin puertas y ventanas "porque no las necesitan", la estructura intencional de la conciencia las torna "abiertas".

La introafección es tal, que mediante la posibilidad de una constitución concordante de las mónadas, éstas se constituyen de acuerdo con un principio de armonía preestablecida.

Para Celms —que en este punto se refiere a unos cursos dictados por Husserl en octubre-noviembre de 1910—, el principio de armonía preestablecida es una hipótesis metafísica.

Con ello el paso de la intersubjetividad del solus ipse, a la intersubjetividad en el sentido propio del término de sujetos "en sí" sólo sería posible mediante una suposición, ajena a la conciencia misma. El tránsito de un solus ipse a una multitud de ellos —afirma Celms—, "no es sino la ampliación del solipsismo monista a un solipsismo pluralista". Para Xirau, el problema tiene una solución más fenomenológica, más evidente, "la experiencia introafectiva está sometida al criterio general de toda experiencia trascendente, al principio de la experiencia de la concordancia universal".

La concordancia se explica en la sucesión coherente de la realidad percibida, pues de lo contrario no podría hablarse de organismo.

El problema de la relación de mi conciencia, con la conciencia ajena, que según Celms sólo podría revelarse en el reconocimiento de una hipótesis de armonía, se resuelve para el Husserl de la quinta meditación cartesiana y por ende para Xirau, desde el punto de vista de la intencionalidad.

La relación entre dos sujetos, dos yos, es la unidad de la relación comunitaria.

El mundo está así, constituido por una comunidad de mónadas; comunidad genética y constitutivamente armónica de las mónadas en particular y en general.

Husserl dice en el párrafo 49 de la quinta de las *Méditations Cartésiennes*: esta armonía pertenece a la explicitación de los contenidos intencionales incluidos en el hecho mismo que un mundo de experiencia existe para nosotros".

La presencia del objeto "en persona" es el hecho singular, cada nuevo objeto es intencionado con un sentido propio en cada acto de conciencia.

Las realidades a que alude el pensamiento se encuentran de cierto modo en la evidencia del cógito, cuya actividad intencional es la única capaz de dar sentido.

El problema de la constitución de los objetos, del otro yo, del mundo real, se circunscribe en Husserl a una dación de sentido, que es posible dada la libertad de la conciencia pura.

La primitiva actitud fenomenológica nos colocó ante fenómenos de un mundo cambiante, la epojé llevada a sus últimas consecuencias nos remite a la esfera trascendental. Allí no aprehende cada uno tan sólo su propio yo, sino que en virtud de la citada experiencia introafectiva, aprehende al mismo tiempo al otro y "en él y por él, el mundo".

La armonía así establecida en el seno de la conciencia, reniega ampliamente de las derivaciones halladas por Celms.